

La lógica del instinto y el azar

Isabel Soler

Desde el quicio de la puerta, Fortunato observa y *saborea tranquilo la explosión de dolor* de García ante el cuerpo muerto y tísico de María Luisa. Este final sobrecogedor inquieta definitivamente al lector que, desde las primeras páginas del cuento «a causa secreta», ha seguido, con angustia creciente, la progresiva búsqueda del placer en el sufrimiento ajeno de este hombre de *ojos color de plomo* —ojos como *chapas de estaño* dirá Machado de Assis en otro momento— responsables de una mirada *dura, seca y fría*.

Si al principio la lectura había permitido imaginar cierto altruismo o espíritu caritativo en este personaje de actitud arrogante que, con aparente abnegación, asiste al hombre apuñalado en una refriega de *capoeiats*, esta impresión se irá rápidamente desvaneciendo al advertir el estado anímico de la temerosa esposa María Luisa o la sádica tortura que sufre una rata a manos de Fortunato. La agonía de la mujer es vivida con la avidez del que no quiere perderse ni el mínimo detalle del tránsito hacia la muerte, sin rabia ni pena ni odio, con la conciencia de estar viviendo una privilegiada experiencia estética. Ni siquiera descubrir el amor que García siente por su esposa le provoca celos o cólera a este representante de un temperamento humano que en absoluto debe considerarse invadido por el mal sino simplemente conocedor de su propia manera de sentir, a la que se dedica con esmero y escrupulosidad. El trazado del carácter del personaje que Machado de Assis va presentando turba contundentemente al lector cuando, en cuatro líneas, se describe el sereno placer de Fortunato al contemplar el llanto desesperado de García.

Al asistente Procópio que cuida al desagradable coronel Felisberto en el cuento «O enfermeiro», no le queda otro remedio que aceptar su destino e intentar asimilar las circunstancias azarosas que le llevaron a beneficiarse de su funesta pérdida de control. El hosco y violento coronel consigue engendrar un odio y rechazo tales en su enfermero que éste es capaz de asfixiarlo, arrastrado por el delirio de la provocación recibida cuando el enfermo ya ha sido desahuciado por los médicos. Procópio no confesará el crimen y aceptará con estupor y aprensión la herencia que el viejo le deja así

como el reconocimiento público del celo, la caridad y la paciencia con los que el asistente había servido al coronel. El tiempo transcurrido entre la muerte del coronel y el acto de confesión del enfermero irá calmando la fuerza del remordimiento, disolverá el asombro y el rechazo instintivo de sí mismo, hasta conseguir aceptar la ineludible convivencia con el recuerdo del crimen.

Los cuentos de Machado de Assis evocan algunos de los relatos más perturbadores de Dostoievski; aquellos en los que el lector se reconoce a sí mismo aprendiendo una lección, aquellos en los que se evidencian las impurezas del hombre y, forzosamente, se debe iniciar un proceso de aprendizaje y aceptación de éstas. Machado de Assis –como Dostoievski– pone al hombre cara a cara y va apartando las máscaras que éste ha ido creado para ocultarse de sí mismo. Máscaras, por otro lado, que acaban instaurándose como prisiones que encierran, aíslan y someten al hombre. Así le ocurre al vanidoso alférez del cuento «O espelho: esboço de uma nova teoria da alma humana», que no consigue ver su imagen reflejada en un espejo si no es vistiéndolo su flamante uniforme. Se delata, aquí, la fragilidad del ser al necesitar símbolos materiales que lo reafirmen y trascendentalicen su existencia; aunque, en otras ocasiones, los personajes buscan la voluntaria reclusión con sus pecados o sus envilecimientos erigiéndose en metáforas de su propia singularidad.

Pero el autor brasileño se distancia del ruso al evitar integrar en un mismo personaje un universo de contradicciones que lo zarandeen entre la razón y el inconsciente universalizándolo empíricamente. Aunque los dos autores se sintieron atraídos por el mal y reflexionaron sobre él, no se encuentra en Machado de Assis la espiritualidad de Dostoievki. El lector toma conciencia de las debilidades e incoherencias del individuo representado por los personajes machadianos sin que el autor necesite elaborar un estudio psicológico que los tipifique y, al mismo tiempo, los justifique. Sencillamente expone los estados de conciencia del personaje para demostrar aquello que caracteriza al hombre. Este es el método de Machado de Assis para llegar hasta lo más secreto del ser.

El autor brasileño, sin dramatismo aunque con ese tono negativista que caracteriza lo finisecular, se presenta como el estilete que hurga en el cerebro de sus personajes para remover su naturaleza más oscura. Es el bisturí que disecciona, es la lupa del entomólogo que amplía los ocultos meandros de la conciencia y destaca lo instintivo. En este sentido, parece que Machado de Assis habla por boca del estudiante de medicina García cuando éste, para justificar su curiosidad por los comportamientos de Fortunato, informa de su natural capacidad de análisis de la psique humana:

[García] poseía el germen, la facultad de descifrar a los hombres, de descomponer los caracteres, tenía el amor del análisis, y sentía el regalo, que consideraba supremo, de poder penetrar a través de las capas morales, hasta palpar el secreto de un organismo.

Los cuentos de Machado de Assis son detallados estudios de los móviles del comportamiento humano que revelan lo que el hombre es esencialmente; son tratados sociológicos o catálogos de comportamientos antropológicos que desnudan al hombre y lo enfrentan con su íntima realidad. Y las partes del ser que destaca son las que lo delatan como perteneciente a una naturaleza nociva –aunque refinadamente civilizada–, son las que lo primitivizan y acusan lo más infernal de su condición. Desde este punto de vista, la revelación de esa naturaleza –humana y, a la vez, salvaje– es lo que convierte a Machado de Assis en un autor de sutil y penetrante mirada postromántica, parnasiana y realista.

Asimismo, Machado de Assis demuestra pertenecer a su propia época al proyectar en sus textos esa mentalidad científicista que escruta y recoge hechos y actitudes y, en igual medida, al reflejar en su escritura la influencia de las corrientes deterministas en las que se evidencia una pretendida neutralidad por parte del autor. Siendo fiel a lo que se ha llamado *poética de la impersonalidad* al escribir con el tono frío de espectador distante que no se inmiscuye en el texto, Machado de Assis se presenta como autor perteneciente a ese realismo de fondo moral que invade las páginas literarias de las últimas décadas del siglo XIX. Su estudio de las pasiones y las fuerzas del inconsciente lo acerca a Balzac y ambos coinciden en la influencia recibida de la prosa de Laurence Sterne. Quizás parte de ahí el análisis minucioso de caracteres y tipologías y la inexistencia de un ideal que conmueva los espíritus. La falta de expresión de sentimientos en el mensaje cuentístico machadiano o la aparente desconexión entre los personajes y su autor son algunos de los aspectos estilísticos que más llaman la atención al lector, sobre todo cuando éste toma consciencia del verdadero sentido y contenido de los cuentos: Machado de Assis presenta, desde un tono frío y a veces corrosivo, una reflexión –paródica, irónica– de la relación del hombre consigo mismo. Sin desprenderse del recurrente fatalismo, propio de los escritores realistas y naturalistas, el autor encontrará un tono personal y particular, entre irónico y cínico, que le permita elaborar un discurso punzante sobre el hombre, su entorno y su pasado y le lleve a demostrar la importancia que tiene la sociedad en la determinación de la personalidad del individuo.

También como Balzac, Machado de Assis será un autor de transición. Si Balzac es romántico por época pero realista por estilo y temas, el autor bra-

sileño es realista por época y temas aunque se advierte en su prosa un poso romántico –que posteriormente será recuperado por los naturalistas– en la tendencia a escudriñar la parte más sombría de la realidad humana. Aunque bien es cierto que la curiosidad por lo extraño y lo grotesco, lo excepcional y anómalo, no pertenece en exclusiva a una estética –romántica o realista– sino a la atracción que consciente o inconscientemente siente el pensamiento humano por lo patológico. No obstante, ese buceo en los espíritus que obliga tanto a Balzac como a Machado de Assis a llevar a la superficie los procesos mentales e instintivos del ser, se acerca, desde la literatura, a la psicofisiología –anterior al psicoanálisis– en su intento por establecer una relación entre las manifestaciones somáticas y psíquicas del individuo. Machado de Assis se esmera en informar, al modo balzaciano, del aspecto físico, del color de los ojos, la piel, el pelo, de la edad y de la actitud de sus personajes e incluso llega a diagnosticar, casi clínicamente, la conducta de alguno de ellos, como ocurre en la elaborada maceración de la perversidad del protagonista de «A causa secreta». Esta será la científica meditación del médico García, después de ver con desconcierto la frialdad de Fortunato al cortar una a una las patas de la rata y tras vivir la reacción colérica que éste simula al salir de su ensimismamiento y sentirse observado:

«castiga sin rabia» pensó el médico, por la necesidad de hallar una sensación de placer; que únicamente el dolor ajeno le puede dar: es el secreto de este hombre.

Desde esta perspectiva se hace más evidente el universalismo de los temas, los personajes y las escenas de las obras breves de Machado de Assis. Y el ejercicio de lectura de varios de los cuentos machadianos –todos ellos posteriores a 1881, tras la escisión que significa la edición de *Memoorias póstumas de Brás Cubas*– advierte al lector de la visión poliédrica de lo humano que tenía el autor brasileño así como de su sentido del deber como escritor al erigirse también como moralista, alejándose de la reivindicación esteticista de «el arte por el arte» de la que se hizo eco Óscar Wilde.

No obstante, la aportación de Machado de Assis aumenta en originalidad cuando determina la precaria condición de la existencia humana al añadir un destino insólito a ese análisis del instinto y el comportamiento del hombre. Sus personajes son seres marcados por sus circunstancias y sometidos al azar. La rápidamente detectable frialdad del tono estilístico de Machado de Assis responde a su actitud como pensador que observa a distancia las

bajas pasiones del ser humano y advierte la inestabilidad de su suerte. La relación que establece el autor brasileño con la existencia parte de la mezcla de los rasgos que definen la personalidad con un destino sometido a constantes mudanzas. Latente fatalismo, del rico enfermero Procópio que finalmente ha tenido que asumir su insólito destino. La primera reacción fue intentar encontrar paliativos:

Transcurridos tres días, asentí en un término medio; recibiría la herencia y la iría dando toda, poco a poco y a escondidas. No era únicamente el escrúpulo; era también el modo de resarcir el crimen mediante un acto de virtud; me pareció que así quedaban las cuentas saldadas.

Progresivamente esta reacción se irá trasformando en búsqueda de justificaciones hasta llegar a la conclusión de que, a fin de cuentas, el viejo coronel se estaba muriendo y el enfermero no hizo otra cosa más que adelantarle el destino. Sin embargo, al mismo tiempo, las consecuencias del azar obligan al asistente a mantener una conducta hipócrita y resignada ante todos aquellos que conocieron al coronel y sufrieron su mal genio. Ante tanto elogio, nace en Procópio un sentimiento de vanidad que no puede ocultar:

Al principio escuchaba lleno de curiosidad; después me inundó el corazón un singular placer que yo, sinceramente, quería expulsar. Y defendía al coronel, lo justificaba. [...] Y el placer íntimo, callado, insidioso, crecía dentro de mí, especie de tenia moral, que por más que lo arrancase a pedazos, se recomponía rápidamente y seguía estando.

La perversión de Procópio será aprender a vivir con la culpa, saber mitigarla y diluir la memoria con el paso del tiempo:

Los años fueron pasando, la memoria se volvió grisácea y desmayada.

La maestría de Machado de Assis vuelve a evidenciarse al mostrar su capacidad para relativizar el contenido de sus relatos; consigue así aumentar el desasosiego del lector al alejar cualquier manifestación totalitarista respecto a las conductas de sus personajes y sus circunstancias. Machado de Assis rechaza el absolutismo de los juicios y, sin llegar al escepticismo, proyecta en sus páginas una fría *filosofía de la insensibilidad* que causa un profundo efecto en el lector. Éste, sin poder llegar a asumir la impasibilidad machadiana, acabará aceptando resignado que Procópio, en su intimi-

dad, cargue durante años con su crimen y que Fortunato se hunda en su crueldad cerebral.

El bistorí de palabras que Machado de Assis utiliza en su prosa secciona y muestra lo más oscuro de las pasiones humanas. A esa disección del ser el escritor brasileño le añade un destino, un azar, que, fortuito, aciago o fatal, contribuye a desvelar la intimidad más recóndita del hombre y deja en el lector un rastro de turbado asombro.

